



El polvo del casco de la yegua del arcángel

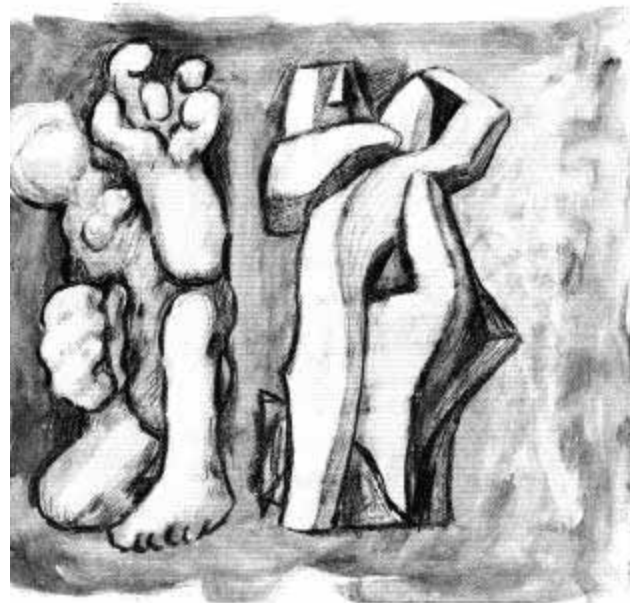
JOSÉ LUIS ONTIVEROS

"El Profeta dijo: "Cuando Dios creó el cálamo le ordenó: ¡Escribe!".
El cálamo inquirió: "¿Oh, Señor! "¿Qué escribiré?" Escribe, contesta
Dios, el destino de todas las cosas hasta el fin del mundo". (Hadid)

Los hombres vanidosos murmuraban,
en el Cielo las estrellas marcaban con sus signos,
el lenguaje ignorado, la palabra salvífica,
entre la tribu de los Quraix,
los rapsodas cantaban el poder de la espada,
a su fulgor de cortante relámpago,
al alma secreta que encierra su acero,
rivalizando en ingenio, sujetos a la ordalía ritual,
a la exigencia del verbo que se clava en el viento,
entrelazado entre las crines de los caballos,
que agitaban en la danza mortífera del combate,
las letras finales para los caídos.
En el algar, el Profeta dormía,
y los sueños cubrían su cabeza con un nimbo,
la luz encendía en la oscuridad la fe postrera,
una palmera con su penacho verde cobijó su zozobra,
en el desierto ocre del crepúsculo,
se detuvo, y la voz se escuchó en el silencio:
¡Lee! dijo el Arcángel Gabriel,
¡no sé leer!
¡Lee en Nombre de Quien Todo lo Creo!
El Apóstol besó el polvo del casco de la yegua,
Y leyó:
En él se concentró el alfabeto de las lenguas,
la muerte vibrante en la batalla,
la oración que se escribe en cada corazón,
la decisión del guerrero imbatible,
el retorno del Madhi en los Últimos Tiempos,

los arabescos de oro que salpican las fuentes,
los libros escritos y el Único y Luminoso,
el pergamino del Cielo que será enrollado,
las Montañas desgajadas que serán como nubes.
El Profeta aceptó su Misión,
y las armas se purificaron por el fuego,
nuevas muertes asolaron a los creyentes,
oblaciones entregadas en el estupor de una centella rota.
En el horizonte el Arcángel alzó el fuego de sus alas,
el polvo de la yegua dejó un rastro, que sólo distinguen
[los héroes y los santos,

los verdes estandartes ondearon con el leve roce de la
[muerte,
Y nada volvió a ser en la tierra del mismo modo:
las espadas se convirtieron en las plegarias de los orantes,
unos volaron en alfombras ingravidas,
otros aprendieron las aleyas,
estudiosos se transfiguraron por la alquimia,
hallando el camino rojo, el bermellón de los mártires.
Arquitectos, médicos, filósofos
se entregaron al arduo conocimiento de los sabios.
Mas nosotros hemos preferido,
en el orden de la palabra que redime:
el camino de sangre del Arcángel. ■



Alfredo Zalce